



El misterio conyugal (I)

la pareja se funde, y se haya fundado, en una decisión clara, que se reflejará en una palabra que servirá de referencia.

Sin embargo hay que reconocer que aunque la voluntad es determinante no es todopoderosa. No basta con querer permanecer, hay que saber cómo hacerlo. Dicho de otra forma, esto revela un saber hacer, un arte. Y ésta será la segunda dimensión del lazo. Un matrimonio que se estaba divorciando decía: «nos amamos, pero somos incapaces de vivir juntos». Esta incapacidad puede venir de una colección de torpezas. El matrimonio quería vivir junto, pero no sabe cómo hacerlo. El amor, según los términos de muchos filósofos, es un “artefacto”, una obra que necesita talento. Es una “arte” en el sentido más amplio y más antiguo del término, es decir, entendido como la capacidad de crear una bella obra. Algunos rasgos de este arte: arte de saber decir sí, y consecuentemente saber decir no; saber enfrentarse a un desacuerdo con serenidad, calma, sin confundirlo con un conflicto, sin confundir tampoco el conflicto, si lo hubiera, con una crisis, ni la crisis con una catástrofe. Arte de pedir, de dar, de conocer al otro, los propios deseos, las propias expectativas, las decepciones, sin que parezca una queja, un reproche o una acusación, el arte de dar y recibir. Algunos sólo hacen una cosa u otra, y cualquiera de las dos cosas es igualmente perjudicial. Saber dejarse amar, saber también dar sin alimentar el egoísmo del otro, arte de saber ser hombre y mujer, sin que ni el uno ni el otro imponga su modelo, sus

criterios, o su forma de ser. Arte de hablar con los hijos, y lo que es más delicado, con



los adolescentes, encontrando una palabra de padre o una palabra de madre, siempre dependiendo de los momentos y de las etapas de la vida. Arte de crear una comunidad de vida tan singular como es la de las personas que la componen. Arte de ejercer la hospitalidad, de abrir la familia.

Todo esto forma parte del arte de vivir. Pero nos damos cuenta de que, por muy importante que sea el arte, el saber hacer, la realidad del lazo, lo que le hace vivir, está más allá. El lazo no es sólo una cuestión de saber hacer, es ante todo el fruto de un don. El amor es la circulación de la vida como don. El más bello regalo que yo puedo hacerle al otro es el de acogerle. Amar es precisamente eso, la experiencia de recibir al dar, y dar al recibir.

Pero me diréis: «¿somos capaces, por nosotros mismos, de un don auténtico y generoso?»

-Continuará-